

HACIA EL IDEOLOGEMA DE LA “MODERNIDAD LÍQUIDA” EN CUATRO NOVELAS ESPAÑOLAS PREMIADAS DE LOS AÑOS NOVENTA

Katarzyna MOSZCZYŃSKA
(*Universidad de Varsovia*)

Tal y como han demostrado numerosos estudios¹ que indagan en el papel que desempeñan las prácticas culturales, incluyendo las literarias, en la vida social y en el proceso de creación de los sujetos,

El hecho de que aceptemos que la literatura es una actividad artística, inútil a simple vista, no debe hacer suponer que por ser tal esté por encima de la historia; así como tampoco debe hacer suponer que tal inutilidad y gratuidad aparentes lo sean en realidad, ya que toda obra de arte vive sobre la materialidad de una mercancía, es decir, que integra útilmente el mercado de producción,

¹ Para la exposición panorámica de éstas corrientes consulte: Chicharro, 1994

consumo y circulación, y está destinada a ser producción y reproducción ideológica, teniendo lugar sólo en aquellas sociedades que han alcanzado complejidad económica y por tanto complejidad de relaciones sociales y de representaciones de dichas relaciones. (Chicharro, 2005: 129-130).

Así, para Althusser (1988), las representaciones simbólicas pretenden referirse a, o reflejar, la realidad, mientras se refieren a, o reflejan, la ideología² que determina una visión de la realidad concreta. Así, la cultura nos hace percibir y comprender el mundo en concordancia con algunas premisas ideológicas de las cuales se separa a través de “una distancia interna”. Más aún, los productos culturales no son una mera manifestación o puesta en práctica de una ideología concreta, sino un *lugar* desde el cual se enuncia, o sea, se produce y reproduce la ideología. De acuerdo con el pensamiento althusseriano, la ideología funciona, pues, como una estructura representacional o matriz generadora a través de la cual los sujetos

² El énfasis en la ideología como categoría central permite romper con la fragmentariedad del análisis del mundo social. Sin embargo, no se puede perder de vista la confusión terminológica y el consecuente carácter ambiguo del término puesto que, como bien señala Angenot (1998: 47), los investigadores que deciden emplear el término de la “ideología” suelen designar con éste los fenómenos diversos, o incluso, disímiles. De hecho, “la palabra “ideología” puede designar cualquier cosa, desde una actitud contemplativa que desconoce su dependencia de la realidad social hasta un conjunto de creencias orientadas a la acción, desde el medio indispensable en el que los individuos viven sus relaciones con una estructura social hasta las ideas falsas que legitiman un poder político dominante” (Zizek, 2003: 10). Eagleton (1997) ofrece un valioso abordaje de distintas concepciones del término; consulte también: Naess (1956), Williams (1985), Zizek (1992), Bellón (2003).

individuales –“los animales ideológicos”– imaginan y viven su relación con el mundo (Véanse: Althusser, 1988; Jameson, 1989; Cros, 2002; Bellón, 2003). Siguiendo dicho planteamiento, queremos partir de la existencia de la matriz generadora (inconsciente) de la cultura que interpela –“sujeta y subjetiviza”– (Butler, 1999) a los sujetos.³ Así, el sujeto no se identifica voluntaria, consciente ni posteriormente a su creación con el modelo cultural, sino que es

³ El surgimiento de los conceptos clave aquí: los de “ideología” y “literatura” en los albores de la modernidad está estrechamente vinculado al proyecto moderno y la creación de la sociedad capitalista, ambas basadas en el surgimiento de la ideología de sujeto. (Rodríguez, 1990). No se trata aquí de una mera coincidencia temporal; la literatura, la ideología y el sujeto surgen como conceptos en el contexto sociohistórico en el que los sistemas de creencias y de ideas, posteriormente denotadas como pre-modernas han perdido su estatus de la verdad absoluta e incuestionable. Al carecer del estatus de lo fundado, las ideas y las creencias se han convertido en parciales al nivel de la conciencia. Esto fue posible en un contexto de enfrentamiento plural entre formas discursivas alternativas. (Rodríguez, 1990, Bauman, 2003, Eagleton, 2003). Asimismo, tal y como confirma Chicharro (2005), aunque la reflexión sobre los vínculos entre la actividad artística, la producción cultural y la realidad social se remonta a la Antigüedad, ya que está presente en el pensamiento occidental desde la poética de Aristóteles, los estudios sociales de literatura en su forma más sistematizada empiezan con las concepciones históricas y sociológicas del siglo XVIII. Asimismo, cabe recapitular la famosa afirmación de Juan Carlos Rodríguez, continuador del pensamiento althusseriano (1990: 5): “la literatura no ha existido siempre. Los discursos a los que hoy aplicamos el nombre de “literarios” constituyen una realidad histórica que sólo ha podido surgir a partir de una serie de condiciones – asimismo históricas – muy estrictas: las condiciones derivadas del nivel ideológico característico de las formaciones sociales “modernas” o “burguesas” en sentido general”. De este modo, la literatura se vincula a la ideología no únicamente a través de su función ideológica, sino que su propia existencia, su razón de ser se ven condicionados por las circunstancias ideológicas definidas espacio-temporalmente.

el modelo cultural que lo interpela y forja como sujeto⁴ (Althusser, 1988; Cros, 2002; Butler, 2002). De ahí que, según Cros (2002: 11), la cultura, en tanto bien simbólico colectivo que funciona como memoria colectiva pueda ser concebida en términos del “espacio ideológico cuya función objetiva consiste en enraizar una colectividad en la conciencia de su propia identidad”. En consecuencia, este planteamiento refiere a lo que Butler (1999, 2002) denomina como la dimensión psíquica del poder, y Bourdieu (entre otros: 2000a, 2000b,) interiorización de la doxa, ya que hace hincapié en el funcionamiento del poder social (Butler, 1999, 2002), las estructuras objetivas de dominación (Bourdieu, 2000a, 2000b) en la construcción de la identidad y de otredad.

Efectivamente, la literatura, como otras prácticas discursivas, establece una relación dinámica con la ideología –es ella misma una forma ideológica– y las estructuras de dominación: está a la vez determinada por y determina la(s) ideología(s), ya que trasmite y produce valores y valoraciones y está en constante producción y reproducción de identidad y de otredad (Díaz-Diocaretz, Zavala, 1993; Lotman, 2003). Más aún, nuestro abordamiento de la realidad obligatoriamente pasa por su previa textualización, nuestra mirada y conocimiento de la realidad, nuestras maneras de ver y decir el mundo están predeterminadas por dispositivos discursivos, que son ideológicos, y que generan la “evidencia ideológica” y la “naturalización” del orden social discursivo (Žižek, 2003; Althusser, 1988; Butler, 2002; Bellón, 2003). El conjunto discursivo, generado por

⁴ Como advierte Judith Butler (2002: 25), decir que el “yo” no está ni antes ni después de proceso de la subjetivización, sino que emerge dentro y gracias a las relaciones ideológicas mismas equivale a “(a)firmar que el sujeto es producido dentro de una matriz”. Ello no significa, pues, suprimir al sujeto, sino admitir que “es la matriz que hace posible [...] su condición cultural capacitadora”.

la matriz ideológica y compuesto, a su vez, por una totalidad de discursos (ideológicos) divergentes o antagonistas entre sí, regula y determina no sólo todo lo dicho, lo visible, lo imaginable, sino también todo lo no-dicho, es decir, lo callado, así como lo no-decible, que equivale a lo no-pensable (no-imaginable) o no-dicho todavía (Althusser, 1988; Angenot, 1998; Diaz-Diocaretz, Zavala 1993; Malcuzyński, 1996). Partiendo de esta premisa, Bourdieu (1999: 65-73) les confiere a los sistemas simbólicos el nombre de “las estructuras estructurantes (que configuran las estructuras sociales, y que, a su vez, están) estructuradas”.

El texto literario, pues, no es autónomo con respecto a la situación social, la matriz ideológica que lo generó; como cada texto, está determinado por la lógica cultural y el dispositivo discursivo de su época (Rodríguez, 1990) y siempre dice más de lo que cree decir al revelar lo que Frederic Jameson llama el “inconsciente político del texto” (Jameson, 1989). Dicho de otra forma, aparte de reinscribir diversos discurso sociales (ideológicos) -jurídicos, científicos, religiosos, médicos, doctrinarios, etc. (Angenot, 1998)-, incluye también lo no-dicho, o sea, lo silenciado y no-decible (no-imaginable) en el contexto de su producción. Tal y como apunta Angenot (1998: 77),

“Todo lo que se analiza como signo, lenguaje y discurso es ideológico quiere decir que todo lo que se puede localizar allí, como tipos de enunciados, verbalización de temas, modos de estructuración o de composición de enunciados, gnoseología subyacente a una forma significante, todo esto, lleva la marca de re-presentar lo conocido que no es evidente, que no son necesariamente universales, que comportan las posturas sociales, que expresan, indirectamente, intereses sociales, ocupan una

posición [...] en la economía de los discursos sociales. [...] En toda sociedad, la masa de discursos, divergentes y antagonistas, engendra, pues, un decible más allá del cual es sólo posible percibir anacrónicamente el *noch-nicht Gesagtes*, lo no dicho todavía”.

De esta manera, a partir de lo propiamente dicho, así como de lo callado, el análisis de los textos literarios establece vínculos con la ideología/el discurso, y, consecuentemente, su contexto social. Eso se hace posible a través de la reconstrucción de lo silenciado, basado en la relación de contrariedad o complementariedad con lo dicho (Jameson, 1989, Angenot, 1998, Diaz-Diocaretz, Zavala, 1993). Paralelamente, cabe destacar que las lecturas que hacemos de los textos, y que nos constituyen como sujetos, tampoco son autónomos a nuestra situación social o matriz ideológica que nos generó. Como señala Cros (2002: 103), “la semiosis de la recepción desconstruye, a su manera, la semiosis de la producción”. De ahí que Malcuzyński (1991) haga hincapié en la inevitable toma de posición que los escritores, los lectores y los críticos realizan con respecto a los discursos sociales a la que confiere el nombre de “monitoring” de discursos. En otras palabras, el “monitoring” se refiere a una toma de posición en relación con la circulación y la producción de discursos que se realiza en el “umbral”, en la frontera común donde interactúan y se negocian los discursos. “En el terreno mismo de la negociación *lo neutral* es un sofisma incongruente; sólo existen tomas de posición y géneros socializados, en plural [...] el sujeto mismo es el producto de interacción con otros sujetos socioculturales.”(Malcuzyński, 1991: 157). Partiendo de lo dicho, podemos concluir que tratamos de los mismos mecanismos a macroescala y a microescala. De hecho, si representamos los procesos colectivos en la escala

macro en tanto la evolución o la transformación de la cultura –de la superestructura– en su dimensión dinámica e intertextual, es decir, como la acumulación en torno a un elemento dominante, y la consecuente alternación de textos y de códigos interpretativos e ideológicos, interrelacionados con el nivel socioeconómico –la infraestructura– (Cros, 2002, Lotman, 2003). Esto permite, por analogía, concebir la evolución o la transformación de un sujeto individual en la escala micro de acuerdo con los mismos mecanismos, es decir, como acumulación, siempre dinámica e intertextual, de textos y códigos interpretativos e ideológicos en torno a un elemento dominante, que está interrelacionada con el nivel objetivo de la vivencia o experiencia del sujeto, condicionado por sus circunstancias.

Tras trazar los preliminares teóricos, pasaremos a un estudio semiótico e ideológico de las siguientes novelas: *Últimas noticias del paraíso*, de Clara Sánchez –Premio Alfaguara de Novela de 2000–, *La hija del caníbal*, de Rosa Montero –Premio Primavera de novela de 1997–, *Mandala*, de Pepa Roma –Premio Andalucía de Novela de 1997– y *Mientras vivimos*, de Maruja Torres –Premio Planeta del año 2000. Asimismo, nuestro objetivo consiste en indagar qué tipo de ideología y en qué visión del mundo queda codificada en las novelas premiadas, poniendo énfasis en el tipo de la relación que guardan con la lógica cultural posmoderna⁵. De ahí que intentemos analizar el discurso narrativo a la luz de la crítica cultural dedicada a la posmodernidad, siguiendo planteamientos teóricos de Zygmunt Bauman (2001, 2003, 2005, 2006 a, 2006 b) y centrándonos en el concepto de la “modernidad

⁵ Para investigar el tema de posmodernismo en tanto una tendencia estética de la literatura española actual consulte: Holloway (1999), Navajas (1987, 1996).

líquida” (“posmodernidad”) en función del ideograma⁶ en tanto principio regulador subyacente en los textos narrativos.

Para Cros (2002: 103-109), el término “posmodernidad” expresa algo más que una mera coincidencia temporal de dos épocas; de acuerdo con la lógica de su nombre, que conserva “la modernidad” como raíz, aparte del orden cronológico, la “posmodernidad” se codifica como una heredera y seguidora de la época moderna, en cuyo seno se acentúan y agudizan las tendencias modernas⁷. Aquí cabe notar la redefinición de la posmodernidad propuesta por Bauman (2003, en adelante), quien sustituye esta denominación por “modernidad líquida”, en tanto consecuencia y fase tardía de la “modernidad sólida”. Se puede afirmar, pues, partiendo del pensamiento baumaniano, el surgimiento de la lógica cultural “líquida” que abarque todo el conjunto de las experiencias humanas actuales, desde la organización del tiempo social, el mundo laboral con su organización del trabajo, el consumo como base de la economía actual, pasando por la esfera socio-política y la actividad artística, incluyendo la literaria, hasta la esfera privada y el amor.

En el análisis del discurso narrativo, Bauman destaca el sentimiento generalizado de ensimismamiento que se desprende de todos los textos, así como la precariedad del compromiso en todos

⁶ Adoptamos la definición del ideograma propuesta por Cros (2002: 97) para quien es “un microsistema semiótico-ideológico subyacente en una unidad funcional y significativa del discurso. Ésta se impone en un momento dado en el discurso social con una recurrencia excepcionalmente alta. El microsistema que se va instituyendo de esta forma se organiza en torno a una dominante semántica y a una serie de valores que fluctúan según las circunstancias históricas”.

⁷ Para indagar en el concepto de la modernidad en tanto que un proyecto inconcluso véase: Habermas (1989). En relación con la lógica cultural posmoderna, consulte también: Jameson (1989), Lipovetsky (1986, 2003), Gil Vila (2001), entre otros.

los sentidos de la palabra y a todos los niveles de “la vida líquida” (Bauman, 2006a). Así, la voz que nos trasmite “las últimas noticias del paraíso”, pertenece a un adolescente llamado Fran, cuyo ensimismamiento se potencia por la imagen de su familia desintegrada, compuesta por un padre siempre ausente y una madre que “se desentiende de él” y el posterior divorcio de éstos, lo cual se puede comprobar en la siguiente cita que describe el cambio de actitud de su madre:

un día le oí decir que había perdido su juventud. He perdido mi juventud, dijo sin dirigirse a nadie en particular, como hablando sola, y a partir de ese momento empezó a desentenderse de mí, del cuidado del jardín, de mis estudios, de las comidas, de la ropa, e incluso de mi padre, al que ya no esperaba levantada al regreso de sus continuos viajes. Había decidido ocuparse sólo de ella. (Sánchez, 2000: 19).

Lucía, “la hija de Caníbal”, debe afrontar una crisis provocada por la inexistencia de los vínculos “sólidos”, asumida, pero no provocada, por la desaparición de su marido. Es entonces cuando se da cuenta de que su matrimonio no era más que institucionalización de una rutina diaria compartida. “No es que es que echara exactamente de menos a mi marido -admite-: ya que estábamos acostumbrados a ignorarnos. Pero llevábamos una década viviendo a dos, y eso crea una relación especial con el espacio.” (Montero, 1997: 23) y cuando llega a la conclusión de que no tiene amigos: “No había más remedio que reconocerlo, aunque resultara una constatación amarga: más que amigos eran conocidos, parejitas con las que cenar una vez al mes, relaciones puramente sociales.” (Montero, 1997: 25). En plena crisis, se presenta de una forma

más aguda la falta de amor y de respaldo que no saben prestarle sus padres que “(d)espués de no haber(le) hecho el menor caso durante toda (su) infancia” tardan en ofrecerle ayuda incluso en la situación crítica que se presenta: “Estaba convencida de que, si no habían venido antes, era porque uno y otro habían esperado a terminar sus planes de Navidad. Mi Padre-Caníbal, sus vacaciones en Roma. Mi madre, sus fiestas de Reyes con sus amigos” (Montero, 1997: 100).

Es más, a lo largo de la narración, Lucía se declara incapaz de prolongar una relación seria de pareja, porque no sabe ir más allá de la primera etapa del enamoramiento, bien diagnosticada en el texto por medio de los siguientes síntomas corporales: “palpitaciones, estrangulamiento del estómago, sudores de agonía, éxtasis seráficos al escuchar su voz al otro lado del teléfono” (Montero, 1997: 312), que identifica con el amor. Cuando se acaba la pasión, lo cual es inevitable por la misma lógica de ésta, Lucía no sabe forjar una relación más sólida. Por lo tanto, cree que el amor, o más bien la pasión, deben necesariamente desembocar en la rutina y el desdén:

Siempre me sucede lo mismo: es una catástrofe repetitiva e inexorable. Al cabo de un par de años o algo así envío a mi pareja al espacio exterior, o tal vez sea yo que se marche mentalmente a la Luna. A partir de entonces el embeleco se deshace y El Hombre se trasmuta en un hombre cualquiera con el que de repente me descubro durmiendo. Es una decepción ese descubrimiento. (Montero, 1997: 312).

Ana, la protagonista de *Mandala*, “(h)a perdido trabajo, marido y amiga en un solo día” (Roma, 2000: 552), el día, que constitu-

ye el tiempo real de la novela y surge el flujo de conciencia que trae los recuerdos de la India⁸. La explicación que le da su amiga subraya el cinismo y la precariedad de lealtad:

no quiero ser yo quien rompa tan feliz matrimonio [...] si quieres saberlo, no ha sido más que un ligue tonto, el típico fin de fiesta, para qué querría yo a Juan si ya tengo un novio, además, gracias a Juan lo he visto claro [...] hasta qué punto eres una ilusa, irreal, y es verdad que no te enteras. (Roma, 2000: 540).

Sin embargo, el hecho de que su marido la engañe con su amiga no es más que una punta de iceberg en un mar de traiciones y decepciones prolongadas que le producen un sentimiento de soledad inaguantable, a raíz de la cual, en un acto de desesperación, decide dejar su vida actual y volver a la India. La precariedad de los lazos afectivos se acentúa en la ausencia de contacto entre ella, sus padres y su hermano, en los que ni piensa el día más crítico de su vida. De hecho, las relaciones con los padres constituyen lo no-dicho de la novela, mientras que su hermano queda nombrado en un recuerdo lejano de la feliz época de la Transición.

Mientras vivimos codifica el sentimiento de ensimismamiento a través de las palabras y experiencias de todos sus personajes, independientemente de su sexo o edad. Regina, la protagonista que al final de la novela se autoidentifica como autora de ésta, confiesa ser incapaz de mantener relaciones afectivas sólidas de una manera que se asemeja a la declaración hecha por Lucía: “El desastre llegaba siempre al final del primer año de convivencia,

⁸ Tanto en su estructura como en contenido, *Mandala* alude a la famosa novela de Virginia Woolf *La señora Dalloway* (1975).

como si los individuos de quienes se enamoraba llevaran incorporado un macrocosmos biológico de duración limitada. Doce meses, fin de estímulos, adiós.” (Torres, 2000: 49). Es más, proyecta la misma lógica amorosa y las mismas pautas de comportamiento que ha observado y criticado en sus compañeros varones: busca a una pareja que no se interponga en sus proyectos ni le haga cambiar el rumbo de su vida individualmente escogido, es decir, que alguien satisfaga sus necesidades emocionales sin que ella tenga que ofrecer nada a cambio. Esa actitud no concierne sólo a sus antiguos o potenciales novios: se presenta igual de egotista en relación con otras mujeres con las que nunca llega a compartir nada sólido. “Uno de los secretos mejor guardados de Regina Dalmau era que no tenía amigas y nunca las había tenido. Tuvo una maestra, Teresa [...] luego tuvo compañeras de juergas” (Torres, 2000: 129).

A través de la descripción de las relaciones con -y entre- sus padres se codifica una crisis muy profunda por la que atraviesa la familia actual. Como veremos en la cita, las relaciones de sus padres, María y Albert, se parecen más al odio que al amor; Regina, a su vez, no sólo no siente ningún tipo de afecto hacia su madre, es más, tiene dificultad a la hora de referirse a ella como “madre”, en vez de emplear este término que cree más propio para referirse a Teresa, su maestra, la llama por su nombre propio de María:

Regina había entrado en el dormitorio de María y se habían sentado en la cama, tratando de descubrir en aquel ser del que había nacido alguna prueba de su parentesco, pero su cuerpo embutido en el camisón era como una pared que, al arrojarle la palabra madre, sólo le devolvía un nombre: Teresa. La mujer le había dirigido una mirada astuta. ¿Me has quitado mi bastón?- Está

aquí, como siempre [...] María lo empuñó al tiempo que gritaba: Albert, ven aquí, te estoy esperando, no te escondas, hijo de puta. La había besado en el cabello, disimulando su repugnancia, antes de abandonar para siempre el piso del Eixample. María pasó los años que le quedaban en una residencia de lujo. Su hija no la volvió a ver viva. (Torres, 2000: 187).

Así, cabe destacar una coincidencia significativa: las tres protagonistas –Lucía, Ana y Regina– no tienen ni van a tener hijos. “Regina, que había abortado en Londres en su juventud sin sufrir traumas posteriores, nunca había sufrido las embestidas ciegas de maternidad no realizada. [...] No quería reproducirse.” (Torres, 2000: 134). El aborto forma parte de la política de vida escogida por Ana, que no ha querido que el niño estorbe sus proyectos: “Piensa en aquel aborto pensado, calculado y trata de repetirse, era pronto, con una nueva vida por inventar, el cine, la televisión, un país al que cambiar de arriba abajo” (Roma, 2000: 305). Lucía, en cambio, tras sufrir un accidente de coche estando embarazada –el hecho que se revela al final de la novela– no ha podido experimentar qué significa la condición de ser madre. “La maté con un choque; y perdí el útero, de paso. Esto último apenas si importó: de todas formas ya había sido una embarazada bastante mayor. Una primípara añosa, como dicen los médicos. [...] Y ahora estoy vacía.” (Montero, 1997: 314).

En efecto, en su representación de las relaciones íntimas y familiares, que se vuelven cada vez más líquidas, las novelas premiadas ponen de manifiesto –cristalizan– la ideología actual proyectada sobre la experiencia familiar y amorosa en el seno de la sociedad posmoderna, sumergida en plena crisis de lo sólido y lo comprometido. Dicha crisis contribuye a que las relaciones amorosas y

las de amistad se vivan como cortas y no-comprometidas, que no conlleven riesgo ni compromiso, ya que han de ser consumidas y olvidadas, sin que interrumpen nuestro ritmo de vida ni repercutan en su rumbo, el cual no es fijo ni fijado de antemano, sino que se adapta a los cambios veloces de las circunstancias, nunca antes más líquidas. En fin, tal y como queda codificado en las novelas, parece cada vez más utópico planificar un futuro común que abarque la vida entera de dos individuos “libres” y “flexibles”. Para explicar la reciente transformación social y describir las relaciones de pareja, Anthony Giddens (2004) aplica los siguientes términos: “la sexualidad plástica”, “relación pura” (pura, es decir, sin la “carga del compromiso” o “amor confluyente”). Como demuestran las decisiones vitales de las protagonistas de las cuatro novelas premiadas, que se separan de sus respectivas parejas, el arte del amor de la modernidad líquida consiste mucho más en saber cómo romper las relaciones, salir de ellas ileso, sin daños colaterales, que en aprender a construir relaciones duraderas, salir fortalecidos de una crisis. Efectivamente, tal y como apunta Zygmunt Bauman (2005: 19),

la definición romántica del amor –“hasta que la muerte nos separe”– está decididamente pasada de moda, ya que ha transcendido su fecha de vencimiento debido a la reestructuración radical de las estructuras de parentesco de las que dependía y de las cuales extraía su vigor e importancia. Pero la desaparición de esa idea implica, inevitablemente, la simplificación de las pruebas que esa experiencia debe superar para ser considerada como “amor”. No es que más gente esté a la altura de los estándares del amor en más ocasiones, sino que esos estándares son ahora más bajos: como consecuencia, el

conjunto de experiencias definidas con el término “amor” se ha ampliado enormemente. (Bauman, 2005: 19).

Asimismo, basándonos en el análisis de las novelas premiadas, vemos como tener hijos o cuidar de los padres envejecidos implica todo un desafío para el individuo posmoderno que no está acostumbrado a tener compromisos ni a trazarse metas a largo plazo, y menos aún, a tener en cuenta el bienestar del otro en su política de la vida, a sacrificar, por fin, sus propias metas y decisiones individuales por un bien común. Así, en la plena vida líquida, un compromiso a la larga que conlleva la responsabilidad por el otro, más débil y desamparado, que requiera sacrificios y lealtades jamás experimentados, puede convertirse en una experiencia traumática.

Sin embargo, la evidente “posmodernización de la familia española” a la que aluden numerosos teóricos⁹ y que se debe a la lógica cultural de la vida líquida en términos baumanianos, no provee explicación de la crisis de natalidad más agudas en el mundo¹⁰. Sin embargo, el análisis de los textos narrativos permite formular una hipótesis sobre dicho fenómeno que se corrobora a través de los análisis sociológicos. En definitiva, la decisión de no tener hijos, o de tenerlos a una edad muy tardía, se puede explicar con la existencia de una lógica cultural propia de la sociedad española actual que hace de las mujeres las únicas responsables por la crianza de los niños y las tareas domésticas, ya que no pueden contar ni

⁹ Aparte del estudio “La postmodernización de la familia española” de Gerardo Meil (1999), véase: Jurado (2005).

¹⁰ A partir de año 1974 cuando con 688.711 nacimientos se registró el índice más alto de natalidad de toda historia de España, el índice bajó continuamente para, en 1998, con 361.930 nacimientos, alcanzar la mitad de la cifra del 1974.

con el respaldo de su pareja ni con ayudas estatales garantizadas por otros países europeos.

Asimismo, la lógica del fatalismo de la diferencia sexual codifica la atribución de las tareas domésticas a las mujeres como natural y, por lo tanto, inalterable, mientras que es cultural y sujeta a cambio. El hecho que explica que en España se registran las tasas de natalidad tan bajas se debe, pues, a una incoherencia sistémica: “la igualdad laboral y educativa no se ha correspondido con un incremento de la igualdad en la esfera doméstica” (Aguinaga, 2004: 129). Por ello, para quedarse embarazada Lucía tuvo que “vencer esa voz interior que (le) aconsejaba que no tuviera hijos, el imperativo de supervivencia que (su) madre (le) susurró.” (Montero, 1997: 314). La lógica cultural dominante causa lo que empezó a denominarse como “la doble jornada”¹¹ de la mujer, lo cual está codificado en el siguiente extracto de *Mandala*:

Tenía más responsabilidad y prisa que él y aquí estaba, sola, metiendo y sacando tazas en el lavaplatos, abandonada a su suerte, aun cuando él sabía que ella no podía perder ni un minuto porque eran casi las nueve. Sintió odio hacia esa máquina. [...] No estaba preparada para esto, bastaba con quedarse sin asistenta para comprobarlo. Y

¹¹ Gould Levine (2004: 64- 65) hace hincapié en los estudios llevados a cabo en la España de los ochenta y los noventa con respecto a las responsabilidades domésticas, según los cuales una gran mayoría de los hogares estaba rígida por los modelos tradicionales de la familia, provocando así el efecto de la doble jornada. En términos generales, eso se reduce a la media de seis minutos diarios que dedican los hombres al trabajo doméstico en comparación con una y media a cuatro horas diarias que le dedican las mujeres.

menos mal que no han tenido hijos, si no ¿qué habría sido de su carrera?, ¿de ese famoso proyecto de vida por el que renunciaron a tantas cosas?, siguió recogiendo las migas de la mesa, los vasos de zumo, los platos de la mermelada, porque Juan con poner la mesa se cree que ya ha hecho su parte, y encima se habrá llevado el coche, y es que así es Juan, podría llegar a ministra, a presidenta de gobierno y Juan seguiría creyendo que su profesión es sólo un entretenimiento. (Roma, 2000: 15- 16).

En el plano ideológico, el cambio monumental de actitud hacia la familia, el amor y el sexo, codificado en las novelas analizadas, nos sirve para demostrar que, mientras la modernidad imponía las obligaciones familiares y controlaba el amor y el sexo como medios para inculcar el orden, reglas, obligaciones y la conformidad con el orden social, la posmodernidad convierte el amor y el sexo en herramientas para potenciar el deseo de acumular nuevas experiencias, el culto al cuerpo, el hedonismo, y, ante todo, la preponderancia de las necesidades individuales. Dicho de otro modo, el cambio forma parte integral de una amplia transformación social cuyo objetivo principal consiste en sustituir la ideología del deber por la ideología del placer (Bauman, 2001, 2003, 2005). “Como antes, el sexo tiene una función; como antes, es fundamental; sólo que la función ha cambiado, al igual que la naturaleza del proceso en el que el sexo reorientado desempeña su papel fundamental.” (Bauman, 2001: 183). De ahí que “Las agonías actuales del *homo sexualis* (sean) las del *homo consumens*. Nacieron juntas. Y si alguna vez desaparecen, lo harán marchando codo a codo.” (Bauman, 2005: 71).

El advenimiento de la vida líquida está pautado, pues, por la conversión de los individuos en los consumidores, ya que la so-

ciudad posmoderna ha cesado de ser una sociedad de productores y se ha convertido en una de consumidores (Bauman, 2001, 2003, 2006a). El paso a la posmodernidad está, por lo tanto, directamente relacionado con las transformaciones que se dan tanto en la vida pública como en la privada. Ambos procesos se fundamentan en el paso de la represión del deseo en nombre del progreso hacia la seducción. De ahí que los sujetos ya no necesiten restringirse, ya que el capital no está generado en los procesos de producción, sino en el del consumo. En otras palabras, el funcionamiento económico requiere que el consumo, el *spiritus movens* de la actividad del consumidor, lejos de ser vivido como un modo para satisfacer las necesidades, inclusive las necesidades más sublimes, esté rígido por el deseo “autogenerado y autoimpulsado que no requiere justificación ni causa [...] (ya que) el deseo se tiene a sí mismo como objeto constante, y por esa razón está condenado a seguir siendo insaciable por más largo que sea el tendal de los objetos [...] que haya dejado a su paso.” (Bauman, 2003: 80). Por ello, Baudrillard (1994) define el consumo posmoderno no por el valor de uso ni a través de su relación con las necesidades, sino por su valor simbólico que prestan las mercancías a los consumidores. Lo que consumimos, pues, es más bien el valor simbólico, los signos adscritos a las mercancías, que están valoradas no por la aplicación que se hace de ellas, sino por el significado determinado por su posición en el sistema auto-referencial de significantes.

Cabe indagar, pues, en el valor simbólico que confiere el consumo y el uso de los símbolos del *status* social. “No pensábamos nada más que en la ropa -confiesa el protagonista de *Las últimas noticias del paraíso-*. De pronto caí en la cuenta de que necesitaba de todo, desde calzoncillos hasta el reloj, pasando por la chupa, la zapatillas y un traje para Nochevieja. [...] A los pocos días recibí [...] un paquete con unas deportivas Nike, una cinta

para la frente del Gym-Jazz y una sudadera O’Neill” (Sánchez, 2000: 31). *Mientras vivimos* introduce a uno de sus personajes más importantes del modo siguiente: “Judith no ha nacido para lucir ropa barata [...] posee el don a la cadena del desprecio por lo falso. No quiere, si no puede. Por eso no se viste: se disfraza.” (Torres, 2000: 9). Como “no se conforma con menos que lo auténtico”, “sueña con vestirse como la mujer que le gustaría ser”, es decir, “con estilizados diseños de Balenciaga, de Pertegaz, de Pedro Rodríguez” (Torres, 2002: 12). Los personajes de *Mandala*, tras acabar su época de compromiso social o idealismo, en la década de los ochenta se convierten todos en consumidores feroces: “hasta Juan, siempre el más puritano, con una obsesión por el ahorro rayana en la tacañería, se ha pasado al BMW con compact, estéreo y móvil incorporados” (Roma, 2000: 35), mientras que Lucía (*La hija del caníbal*) así describe el comportamiento de las masas entregadas al consumo:

Era el 7 de enero. O sea, justo el día en que comienzan las famosas rebajas de Mad & Spender, de modo que los grandes almacenes parecían Sarajevo en el momento más crudo de la guerra. Masas desaforadas de compradores asaltaban los percheros por doquier, hociqueando entre los colgadores como animales de presa. (Montero, 1997: 70).

Así, la cultura posmoderna en función de matriz ideológica, codifica el consumo en tanto el mejor medio de la autoexpresión, el instrumento con el cual el individuo –el libre consumidor– ejerce su voluntad y su poder y, al mismo tiempo, forja señas de identidad inconfundibles. Las novelas ponen de manifiesto la gran paradoja posmoderna: el producto y el consumo masivo, fetichizado por

el uso de las marcas internacionalmente reconocidas, se codifican como maneras de expresar “lo individual”, de forjar la identidad (Bauman, 2003, 2006 a). Tal y como demuestra Bauman (2006 a: 37), la lógica cultural posmoderna orientada hacia el consumo –en tanto el pilar que la sostiene y su fruto– se basa en una “curiosa inversión de las reglas pragmáticas”, puesto que se cree que el seguimiento de las pautas del consumo masivo, es decir, de la norma obedecida no individualmente, sino por las masas, va a satisfacer la demanda cada vez más aguda del individualismo. Asimismo, los textos galardonados son una ilustración de cómo la cultura posmoderna trivializa el concepto de la libertad, reducida a la libertad de elección del consumidor, que puede elegir todo menos no consumir, y, consecuentemente, el de la pobreza, concebida en la sociedad de bienestar como la exclusión siempre involuntaria del consumo, la máxima falta de la libertad.¹²

Efectivamente, el protagonista de *Las últimas noticias del paraíso* confiesa que le “cansa la pobreza”, ya que “echa de menos consumir con regularidad. Ir, por ejemplo, a unos grandes almacenes y encaprichar(se) con chorradas.” (Sánchez, 2000: 202) y admite que “la mayoría de las familias no estaba dispuesta a soportar la *humillación* de esperar el 77 y usaba el coche o dos coches o un coche y una moto.” (Sánchez, 2000: 10). En otras palabras, la pobreza equivale a la incapacidad de forjar una verdadera identidad al salir de compras, de participar activamente en un mundo imaginado y vivido como un gran centro comercial, lo cual produce un sentimiento de humillación. Los pobres de la posmodernidad son aquellos que quedan al margen de sociedad

¹² En relación con la crítica del consumismo, véase la inmejorable “Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos” de Adorno, Horkheimer (1994).

de los consumidores, o, mejor dicho, son los consumidores fallidos, los fracasados, “hambrientos consumidos en media de la opulencia del festín consumista.” (Bauman, 2005: 73).

Cabe señalar que Judith (*Mientras vivimos*) aspira a pertenecer a este tipo de urbanización en la que vive Fran¹³; de hecho, vive en un barrio modesto, tradicionalmente obrero, pone en ridículo el apego que siente su madre hacia la zona y sueña con “la ciudad prometida que existe lejos del piso de sesenta metros cuadrados, más allá de la cruda realidad que aparece ante sus ojos” (Torres, 2000: 14). Para Judith, su barrio simboliza la separación de un mundo mejor al que aspira y que está situado al otro lado de la ciudad, encarnado a través de una urbanización de lujo. Es la mezcla de lo que vive como humillación, provocada por una separación involuntaria de un mundo mejor con ambición que la conduce a aspirar a formar parte de él, la que provoca sus peregrinajes en autobús 73, cuyo destino es la más elegante de las urbanizaciones que rodean la ciudad.

Nunca lo ha dicho a nadie que los días en que desaparece de casa con la excusa de salir a buscar trabajo, o fingiendo que lo tiene, en realidad se mete en el 73 para ir a la ciudad de arquitectura rebuscada, verjas y jardines pomposos, comercios caros y escaparates de lujo. La ciudad a la que le gustaría pertenecer. (Torres, 2000:19).

¹³ Las urbanizaciones situadas como satélites de la urbe son los no-lugares, es decir, los lugares posmodernos por excelencia, puesto que simbolizan y realizan la ideología posmoderna materializada a través de ellos al poner de relieve la conversión de los ciudadanos en los consumidores (Auge, 1993).

Las dos novelas muestran, pues, las caras opuestas de la tendencia “exclusionista” y “segregacionista” (Bauman, 2005: 143) que se da en las ciudades posmodernas, divididas en los “guetos voluntarios”, elegidos por sus habitantes como los únicos espacios en los que entran, y los “guetos involuntarios”, las zonas en la que están confinados sus habitantes, excluidos de los demás (Bauman, 2005: 142-143, 2006b).

Al mismo tiempo, el consumo desenfrenado necesita de fondos. De ahí que el consumo y el éxito económico, el escalar los sucesivos peldaños de la escala social se convierta en el sentido de vida de *homo consumens* y *homo economicus*. Dada la lógica cultural de la modernidad líquida en la época del capitalismo tardío, la vida líquida actual

es una vida devorada. Asigna al mundo y a todos sus fragmentos animados e inanimados el papel de los objetos de consumo: es decir, de objetos que pierden su utilidad (y, por consiguiente, su lustre, su atracción, su poder seductivo y su valor) en el transcurso mismo del acto de ser usados. Condiciona, además, el juicio y la evaluación de todos los fragmentos animados e inanimados del mundo ajustándolos al patrón de tales objetos de consumo. (Bauman, 2006 a: 18- 19).

Asimismo, las cuatro novelas premiadas –en tanto “dispositivos semántico-ideológicos” producidos en la década de los noventa– codifican dos actitudes generacionales en torno a dicho fenómeno. Efectivamente, ante la abrumadora ideología posmoderna que inculca el final de la utopía y de todo tipo de compromiso, los personajes más mayores que han vivido los años de la Transición y han interiorizado el compromiso como suyo entran en una

crisis o experimentan un inaguantable sentimiento del vacío y de la falta de “solidez” del entorno. Así, la protagonista de *Mandala*, que volvió a España al principio de la Transición para, como se dice explícitamente en el texto, “asistir a las manifestaciones de última hora por la legalización del Partido Comunista” y para “firmar aquellos manifiestos por la libertad de expresión, por la emancipación de la mujer” (Roma, 2000: 91), confiesa que ella y sus amigos dedicaron años de su vida “a formarse en la utopía” de la que le costaba tanto descreer (Roma, 2000: 97). Es por eso que experimenta un desencanto cada vez mayor, ya que “cada pequeña cosa, la OTAN, la eliminación del término marxista de los estatutos fundadores del partido socialista, la reforma laboral, le duelen” (Roma, 2000: 130), un desencanto que finalmente desemboca en una resignada constatación: “Sí, aquí el socialismo, la Europa de bienestar, la fe en el futuro, las ideologías, el crecimiento continuado se acababan” (Roma, 2000: 448). Al fin y al cabo, “derecha, izquierda, y eso qué más da [...], ya no estamos en la época de programas sino de marketing político” (Roma, 2000: 452), especialmente que a estas alturas de la liquidación de la vida ésta ya no es “una cuestión Este-Oeste, Comunismo-Capitalismo, Izquierda-Derecha, sino Memoria-Olvido, siendo considerado el acto de recordar un ejercicio cada vez más subversivo y peligroso” (Roma, 2000: 481) y el único recurso que vislumbra es suicidarse o escaparse a un lugar mítico, como la India.

Para Lucía, “la hija del caníbal”, los jóvenes son “tan insustanciales y poco *sólidos*” mientras que “su generación de cuarentones [...] se (ha) quedado de verdad en tierra sin nadie, en un mundo desprovisto de fe y de transcendencia, en una sociedad mediocre y sin grandeza en la que nada parecía tener ningún sentido” (Montero, 1997: 164, énfasis nuestro). Es más, “Orgullo Obrero”, una organización que pretende ser responsable del secuestro del

marido de Lucía, resulta ser una farsa inventada para enmascarar la corrupción en los altos cargos del gobierno, simboliza –al hacer eco del movimiento obrero– el fin de las utopías y compromiso sociales. De hecho, el “orgullo obrero” en las sociedades de la “modernidad líquida” sólo puede ser una máscara que esconde otros intereses y/o que acaba siendo una farsa. A lo largo de la novela nos enteramos de que el marido es, en realidad, uno de los implicados en el escándalo de la corrupción, que finaliza con el encarcelamiento de “dos ministros, dos ex ministros y media docena de altos cargos” y, sin embargo, queda constatado que estas detenciones no han “hecho más que despejar la punta de iceberg” (Montero, 1997: 336). Así, el contenido ideológico que nos transmiten *Mandala* y *La hija del caníbal* no se ciñe a la falta del compromiso social o político; tras la “disolución de los sólidos”, y “el declive del hombre público”, las élites políticas están codificadas como corrompidas, incapaces de ofrecer ninguna alternativa ni esperanza.¹⁴

Cuando Regina, la protagonista de *Mientras vivimos*, atraviesa una crisis, se da cuenta de que durante los últimos años sólo le importaba su carrera de escritora de éxito, concebido en términos del éxito en ventas. Su anterior compromiso feminista, que menciona al constatar que pertenece a “*hit-parade*” de “las escritoras feministas consagradas” (Torres, 2000: 226) y al que aluden otros personajes al incluirla entre las escritoras feministas más destacadas de España, sólo le produce risa. Borracha, caricaturiza las palabras pronunciadas por la ministra que acude a la promoción

¹⁴ La codificación de la corrupción es, sin lugar a dudas, secuela directa de la crisis en la que se sumerge el partido socialista (PSOE) en la primera década de los noventa. Para la transformación de “bases sociales de la política española”, véase González (2005).

de su nuevo libro para subrayar la aportación de Regina a la causa feminista: “Una vez más, nuestra sin par Regina Dalmau, completamente trompa y con las nalgas caídas, nos indica a las mujeres españolas el camino a seguiriir” (Torres, 2000: 243).

Es más, al referirse del siguiente modo a la producción literaria de mujeres: “La creación artística es una clase de vida que a las mujeres, a quienes se nos envidia nuestra capacidad de parir, nos ha sido obstaculizada durante siglos” pone en ridículo la ideología feminista francesa de corte psicoanalítica, ya que confiesa sentirse “incómoda pronunciando aquellas manidas palabras” (Torres, 2000: 34). Sigue acudiendo a encuentros con sus lectoras, pronuncia charlas que hacen eco de su compromiso anterior, pero lo hace sin convicción ni fe en el sentido de sus acciones o palabras. Al final de la novela reconoce que se ha convertido en una persona despreciable al traicionar los ideales de su juventud en busca del éxito fácil. “de qué me ha servido el reconocimiento público -se pregunta- si en mi intimidad nunca he dejado de despreciarme” (Torres, 2000: 225).

En cambio, los personajes pertenecientes a la generación más joven -Fran (*Últimas noticias del paraíso*), Judith (*Mientras vivimos*), Antonio (*Mandala*)- no han podido participar en la Transición y han crecido en los tiempos de la “modernidad líquida”. A los jóvenes “desideologizados y libres de toda la sospecha” les caracteriza, por lo tanto, falta de compromiso, desinterés por temas políticos o sociales, así como “obediencia (al mercado) sin segundos pensamientos, éticas ni ideología, sin reservas.” (Roma, 2000: 480). Esa es la razón por la que Judith se desentiende de su madre, que “ha ido saltando de un desengaño a otro, en su lucha [...] sin perder sus creencias ni sus ganas de conseguir un mundo más justo” (Torres, 2000: 11- 12) y por la que decide traicionar a Regina al convertir su desdicha en argumento de una novela

a través de la cual espera conseguir éxito de ventas y por la que Antonio, sin escrúpulos, se aprovecha de la crisis política para ocupar el puesto de Ana, su antigua jefa, maestra y amiga. Los conceptos y valores clave de la modernidad en su fase sólida -“el compromiso”, “la ciudadanía”, “la utopía”, “la política” o “la historia”- se han convertido en los grandes ausentes, que, para los personajes de mediana edad, constituyen un doloroso recuerdo y motivo de desencanto con la caída de utopías y que, para los jóvenes en la época de la “modernidad líquida”, han alcanzado el abominable estatus de lo no- dicho.

Lo que observamos no sólo a través del análisis de las cuatro novelas, sino en el espacio discursivo como tal y en el imaginario social es la disminución, si no desaparición, de la esfera pública y del discurso político creíble, es decir, recibido por la sociedad como auténticamente comprometido y orientado hacia el bienestar común. Dicha desaparición queda codificada como “fin de las ideologías” (Bell, 1964) o “fin de la historia” (Fukuyama, 1989, 1992). Como bien señalan muchos estudios (entre otros, Eagleton, 1997; Bourdieu, Eagleton, 2003; Žižek, 2003), la doctrina del fin de las ideologías tiene claras connotaciones ideológicas, más aún, claras implicaciones políticas. De hecho, el mito de un mundo postideológico es una nueva gran narrativa, cuyo objetivo consiste en deslegitimar otros discursos y valores que el neoliberalismo y el libre mercado para generar la naturalización de estas últimas -así, el orden social concreto, histórico se presenta en función de un orden natural o perteneciente a la naturaleza humana¹⁵.

¹⁵ Como se observará en la siguiente cita, la famosa doctrina de Fukuyama tiene como objetivo auspiciar la ideología neoliberal como el pensamiento y la práctica únicos e inalterables para codificar en el imaginario social su inminente

En este sentido, parece muy pertinente la siguiente observación de Slavoj Žižek:

Hoy [...] ya nadie considera seriamente alternativas posibles al capitalismo, mientras que la imaginación popular es perseguida por las visiones del inminente “colapso de la naturaleza”, del cese de toda la vida en la Tierra: parece más fácil imaginar el “fin del Mundo” que un cambio mucho más modesto en el modo de producción, como si el capitalismo liberal fuera lo “real” que de algún modo sobrevivirá, incluso bajo una catástrofe ecológica global. (Žižek, 2003: 7).

Efectivamente, en los tiempos de la “modernidad líquida”, la tarea de construir un nuevo orden social, el compromiso o proyecto político son términos anacrónicos que no constituyen objetivos reales para ninguna de las fuerzas políticas. En consecuencia, como afirma Bauman (2003, 2006a), el discurso social y la ideología dominante en vez de proponer reformas sociales válidas o soluciones globales contundentes, nos exige autorreformas

triunfo que, para siempre, impedirá el surgimiento de pensamientos o prácticas alternativas: “IN WATCHING the flow of events over the past decade or so, it is hard to avoid the feeling that something very fundamental has happened in world history. [...] The triumph of the West, of the Western *idea*, is evident first of all in the total exhaustion of viable systematic alternatives to Western liberalism. [...] What we may be witnessing is not just the end of the Cold War, or the passing of a particular period of postwar history, but the end of history as such: that is, the end point of mankind’s ideological evolution and the universalization of Western liberal democracy as the final form of human government”. (Fukuyama, 1989: 3).

individuales que profundizan la liquidez de la vida y el egocentrismo. Según la doxa dominante y, consecuentemente, según el “sentido común” y la “experiencia diaria”, que, recordemos el pensamiento bourderiano, están estructuradas por las “estructuras estructurantes estructuradas”, se niega la posibilidad de otra vida alternativa dado el supuesto carácter inalterable de la dinámica social actual, tachándoles a todos los que quieran contradecir la doxa de “falta de realismo, de utopismo, de confundir el deseo con la realidad, de soñar despiertos y, por si fuera poco (en una odiosa inversión de la verdad ética), de irresponsabilidad.” (Bauman, 2006a: 24).

Asimismo, cabe destacar, siguiendo a Cros (2002: 107), que la ideología del fin de las ideologías, del fin de historia o del compromiso es una consecuencia directa de la dialéctica moderna. Ya que la ideología del progreso y los grandes proyectos utópicos propios de la modernidad en su fase sólida se fundamentan en un mecanismo dialéctico, solo pueden existir en el tiempo-espacio de una modernización no-completa que define una “sincronía de lo no-síncronico”, creada a través de “la coexistencia de unas realidades que surgen de diferentes momentos de la Historia.” El proyecto moderno, pues, se codifica en el imaginario social a través de aludir a una no-sincronía concebida en términos cognitivos espacio-temporales¹⁶ que se convierte en una condición *sine*

¹⁶ La gran narrativa moderna, basada en el mito del progreso y de la razón, se fundamenta en la distinción entre lo provinciano, lo anticuado, es decir, lo que pertenece al pasado menospreciado y lo universal, lo moderno, que proyecta una visión del futuro, añorado y siempre superior con respecto a las imperfecciones del pasado, con el cual se puede fundamentar la creciente dominación del otro, llevado a cabo en nombre del progreso y de los llamados valores universales. Cabe destacar la aplicación de los términos muy significativos de “moderno”,

qua non de los proyectos utópicos. De este modo, el proyecto moderno funciona como un augurio que presagia la inevitable homogeneización y cosificación de la vida social. El cumplimiento de la modernización pone fin, pues, no sólo a la modernidad, sin que, tras una abolición de lo no-sincrónico, corresponde a fin de los proyectos utópicos. Como afirma Cros,

“provincias”, que se revela al estudiar su origen. Como recuerda Cros (2002: 107-108), en su origen francés “modernismo” designaba “un conjunto de doctrinas que pretenden renovar la exégesis, la teología y la doctrina social de la Iglesia” en nombre de la ciencia –por lo tanto, la élite de los reformadores compuesta por los llamados “modernistas” se oponía a los “integristas” de una Francia rural que ofrecían resistencia. En cuanto al segundo término, “provinciano”, viene de provincia, palabra latina que “en la antigua Roma (designaba) territorio conquistado fuera de la península Itálica, sujeto a las leyes romanas y administrado por un gobernador”. Provincia no forma parte del centro, pero, al mismo tiempo, no conforma la barbarie. Está a la vez dentro y fuera, entre cultura y la no-cultura, entre los romanos y los bárbaros. Las provincias, pues, constituyen la periferia –del griego la circunscripción, “espacio que rodea un núcleo central”. A través del mismo mecanismo, la península Itálica se sitúa a sí misma en el centro del universo, rodeada por sus provincias. *De ahí deriva el significado del adjetivo ‘provinciano’ que en su primera acepción descriptiva denota la procedencia “de la provincia o relacionado con ella”, mientras que en la segunda acepción conlleva un significado peyorativo, ya que se usa para atribuirle a algo o alguien el rasgo de “poco elegante, poco refinado” o “caracterizado por una estrechez de espíritu y por un excesivo apego a la mentalidad o a las costumbres particulares de una provincia o de una sociedad, con exclusión de las demás”* (las definiciones de palabras provienen del diccionario *Clave*, en línea). Así, observamos aquí un mecanismo ideológico en el mal sentido del término, ya que el proyecto de la conquista y dominación espacial del otro, fundada en el posicionamiento de los valores y de la cultura de uno como universales, que se pretende llevar a cabo en nombre de los ideales temporales, de una utopía que promete un futuro mejor le está impuesta en presente con el fin de determinar su futuro. Dicho de otra forma, el proceso de sumisión, de

(e)ste proceso de expansión reabsorbe progresivamente las últimas zonas de lo no-sincrónico que pertenecen a la modernidad, integrándolas en un sistema político y cultural que el sujeto cultural presiente como totalmente homogéneo a más o menos largo plazo. Es a la proyección imaginaria de ese espacio a lo que llamamos posmodernidad. [...] Esta extrapolación amputa la imaginación colectiva de cualquier dimensión utópica y, en este contexto, las revoluciones sólo pueden ser simulacros (mayo del 68, movida española, liberación sexual, etc.). (Cros, 2002: 108).

De este modo, las novelas premiadas codifican el paso acelerado que se da en el seno de la sociedad española de la época de la Transición al orden social posmoderno, en cuyo marco, como se ha visto, ya no se pueden concebir las revoluciones ni rebelión individual efectivas. El análisis de las novelas demuestra que, como afirma Díez Gutiérrez (2004: 111), la sociedad española de los noventa se rige según las pautas propias de una sociedad de consumo, inculcadas por la lógica de la “modernidad líquida”, según la cual “el dinero ha pasado a ser el principal o único referente del éxito social y la felicidad personal”.

dominación del otro, cuyos frutos se manifiestan hoy en día en forma del desnivel de rentas y oportunidades laborales y un desarrollo desproporcionado del centro con respecto a sus provincias-conquistadas y colonizadas- que residen fuera de los territorios desarrollados, pero dependen de ellas, conforman su periferia, su provincia, equivale a un proyecto de dominación y de homogeneización social emprendida en nombre de los propios intereses de uno. De ahí el llamamiento que surge de los estudios coloniales auspicia la necesidad de “provincializar Europa” (Chakrabarty, 2000).

Sin embargo, cabe señalar que el cambio experimentado por la sociedad española se ha producido en el breve periodo de una década y media, de 1975 a 1990, con lo cual la población ha tenido que “asimilar” la lógica de la vida líquida a un ritmo mucho más acelerado que otras sociedades occidentales, sin contar con tiempo para la reflexión y la adopción de actitudes críticas. Dado el ritmo realmente vertiginoso del cambio, muchos críticos han visto en la España democrática el paradigma de posmodernidad:

(e)s realmente paradigmática de la Transición española la rapidez con la que la efervescencia da el relevo a la decepción y al desánimo: en pocos años se pierde la fe en ideologías liberadoras [...] por lo que la fiesta de los albores de la democracia dura menos de medio lustro y viene a ser sustituida por esa sensación de “muerte de la historia” y “muerte de las metanarrativas. (Grado, 2004: 29).

La conversión de los ciudadanos en los consumidores adictos al éxito está codificada de manera magistral en *Mandala*, donde encontramos una descripción muy aguda del paso acelerado que da la sociedad española de la época del compromiso sociopolítico de los principios de la Transición a la posmodernidad con su consumismo y la ideología yuppie del éxito económico:

Lola no tardó en refinarse y reciclarse como ejecutiva y como yuppy, porque eso de la movida progre duró poco y enseguida llegaron los 80, cuando su propio hermano y sus amigos recién salidos del Partido Comunista se apuntaron al socialismo light y aquí, como en el resto del mundo, se pusieron a triunfar como locos. (Roma, 2000: 69).

En menos de veinte años se produce un desencanto con las ideologías emancipadoras, incluyendo el feminismo. De hecho, el feminismo -codificado en las novelas de autoría femenina como lo no-dicho (*Las últimas noticias del paraíso*, *La hija del Caníbal*) lo ridículo (*Mientras vivimos*) o un mero recuerdo del pasado (*Mandala*)- deja de funcionar como proyecto utópico mayoritariamente respaldado por las mujeres españolas justo porque la lógica cultural posmoderna socava todos y cada uno de los proyectos y no porque la situación social de las mujeres sea tan ideal que ha perdido su vigencia¹⁷. El feminismo español comparte, pues, el destino, o mejor dicho, el fracaso de otras utopías en España, así como de otros movimientos feministas en el Occidente. Asimismo, tras una verdadera eclosión de la ideología de la liberación de la mujer en los albores de la democracia, empieza su fragmentación y desintegración -pronto el feminismo cesa de existir como movimiento de masas o como proyecto utópico creíble.¹⁸

Para terminar, cabe constatar que la lógica de la modernidad líquida que desemboca, como se ha visto, en la “liquidez” de la vida a todos los niveles de la experiencia actual -individual y colectiva- funciona como el ideologema alrededor del cual se organiza no sólo la literatura, sino el conjunto de prácticas culturales

¹⁷ En relación con la situación de la mujer en la España de los noventa, Grado (2004: 33-50) retoma la idea de Falcón (1994) para hablar de “los cuatro jinetes del apocalipsis femenino” que deberían constituir verdaderos retos del feminismo actual: el desempleo femenino, las categorías laborales inferiores, bajos salarios otorgados a las mujeres en comparación con los de varones y la precariedad del trabajo en tanto un alto índice de contratos temporales o parciales.

¹⁸ Así, Grado (2004: 25-29) distingue tres etapas de la historia del movimiento feminista español como movimiento de masas: la organización (1975-1979), la escisión entre el feminismo radical y el feminismo socialista (1979-1982), fragmentación y desintegración (1982-1985).

pertenecientes a la vida pública y privada. Así, el ideologema de la modernidad líquida / posmodernidad se inscribe en el discurso narrativo y la lógica cultural en términos del fin de la era del compromiso de cualquier tipo, sea en el ámbito privado, entre miembros de la familia, parejas, o en el público, entre políticos y sus votantes, trabajo y capital. Dada la precariedad del compromiso y la ideología del fin de las utopías, la estrategia dominante que adoptan los individuos entregados al “amor líquido” es la misma que caracteriza a los que ejercen el poder en los tiempos de la “política líquida”: se reduce a la huida o evitación de responsabilidad y de los daños colaterales. (Bauman 2003, 2005, 2006 a). El análisis semiótico e ideológico de las novelas premiadas corrobora de este modo la siguiente afirmación de Cros:

Este ideologema [...] parece transcribir, pues, la interiorización que realiza el sujeto cultural de una visión del porvenir que corresponde al punto final del proceso que conduce hacia una homogenización socioeconómica y sociocultural total. Esta visión produce una angustia colectiva cuyas huellas y cuyos sistemas se invierten en las construcciones, en las semióticas y en las estructuras poéticas narrativas. (Cros, 2002: 109).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADORNO, Theodor W., HORKHEIMER, Max (1994), *Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta.
- AGUINAGA ROUSTAN, Josune (2004), “Mujer y fecundidad”, en: Cruz, Zecchi 2004: 117-132
- ALTHUSSER, Louis (1988), *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*, Nueva Visión, Buenos Aires.

- AUGE, Marc (1993), *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Ed. Gedisa.
- AULLÓN DE HARRO, Pedro (ed.) (1994), *Teoría de la crítica sociológica*, Madrid, Trotta.
- BAUDRILLARD, Jean (1994), *Simulacra and Simulation. (The Body, in Theory. Histories of Cultural Materialism*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- BAUMAN, Zygmunt (2001), *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Akal.
- (2003), *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2005), *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica.
- (2006 a), *Vida líquida*, Barcelona, Paidós.
- (2006 b), *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*, Barcelona, Arcadia.
- BELL, Daniel (1964), *El fin de las ideologías*, Madrid, Tecnos.
- BELLÓN, José Luis (2003), “Ideología de la representación y representación de la ideología”, *Laberinto*, 13, 2003: 57-74.
- BOURDIEU, Pierre (1995), *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*. Anagrama, Barcelona.
- (2000a), *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, UBA/Eudeba.
- (2000b), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- BUTLER, Judith (1999), “La vida psíquica del poder. Teorías de sujeción. Introducción”, *feminaria literaria*, julio 1999, 22/23: 1-13.
- (2002), *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Buenos Aires, Paidós.
- CASULLO Nicolás (1989), *El debate modernidad - posmodernidad*, Buenos Aires, Puntosur Editores.

- CHAKRABARTY, Dipesh (2000), *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- CHICHARRO, Antonio (1994), “Teoría de la crítica sociológica”, en: Aullón de Harro, 1994: 387-453.
- (2005), *El corazón periférico. Sobre el estudio de literatura y sociedad*, Granada, Universidad de Granada.
- CROS, Edmond (2002), *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*, Montpellier, C.E.R.S.
- CRUZ, Jacqueline, ZECCHI Bárbara (eds) (2004), *La mujer en la España actual. ¿Evolución o involución*, Barcelona, Icaria.
- DÍAZ-DIOCARETZ, Myriam, ZAVALA, Iris M. (1993), *Breve Historia feminista de la literatura española vol. 1, Teoría feminista, discursos y diferencia*, Madrid, Anthropos.
- DÍEZ GUTIÉRREZ, Ana María (2004), “Mujer, educación y trabajo: la engañosa paridad”, en: Cruz, Zecchi 2004: 99-116.
- EAGLETON, Terry (1997), *Ideología. Una introducción*, Barcelona, Paidós.
- (2005), *Después de la teoría*, Madrid, Debate.
- FALCÓN, Lidia, “El movimiento Feminista y el drama laboral de las mujeres”, *El Viejo Topo* 75, mayo 1994: 63-68.
- FUKUYAMA, Francis (1989), “The End of History”, *The National Interest*, 16, Summer 1989: 3-18.
- (1992), *The End of History and the Last Man*, New York, The Free P.
- GIDDENS, Anthony (2004), *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades*, Madrid, Ed. Catédra.
- GIL VILLA, Fernando (2001), *La cultura postmoderna*, Madrid, Ediciones sequitir.

- GONZÁLEZ, Juan Jesús, REQUENA Miguel (eds.) (2005), *Tres décadas de cambio social en España*, Madrid: Alianza Editorial.
- GONZÁLEZ, Juan Jesús (2005), “Bases sociales de la política española”, en: González, Requena 2005: 253-274.
- GOULD LEVINE, Linda (2004), “Feminismo y repercusiones sociales: de la Transición a la actualidad”, en: Cruz, Zecchi 2004: 59-72.
- GRADO de, Mercedes (2004), “Encrucijada del feminismo español: disyuntiva entre igualdad y diferencia” en: Cruz, Zecchi 2004: 25-58.
- HABERMAS, Jürgen (1989), “La modernidad, un proyecto incompleto” en: Casullo 1989: 131-166.
- HOLLOWAY, Vance, R. (1999), *El Posmodernismo y otras tendencias de la novela española (1967-1995)*, Madrid, Ed. Fundamentos.
- JAMESON, Fredric (1989), *Documentos de la cultura, documentos de la barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*, Madrid, Visor.
- (1991), *Ensayos sobre el posmodernismo*, Buenos Aires: Ed. Imago Mundi.
- JURADO, Teresa (2005), “Las nuevas familias españolas”, en: González Requena 2005: 51-80.
- LIPOVETSKY, Gilles (1986), *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama
- (2003), *Metamorfosis de la cultura liberal: ética, medios de comunicación, empresa*, Barcelona, Anagrama
- LOTMAN, Iuri (2003), “Sobre el concepto contemporáneo de texto”, *Entretextos* 3 (2, Noviembre 2003) <http://www.ugr.es/~mcaceres/Entretextos/entretextos3.htm>
- MALCUZYNSKI, M.-Pierrette (1991), “El “monitoring”; hacia una semiótica social comparada”, en Malcuzyński 1991: 153-174.

- coord., ed. y presentación (1991), *Sociocríticas. Prácticas textuales/ Cultura de fronteras*, Amsterdam/ Atlanta, GA, Rodopi.
- (1996), “Ideología, poder y canon cultural. Hacia una perspectiva feminista de la historia literaria”, *Acta Universitatis Wratislaviensis*, 1661, Estudios Hispánicos V, Wrocław 1996: 9- 23.
- MEIL, Gerardo (1999), *La postmodernización de la familia española*, Madrid, Ed. Acento.
- MONTERO, Rosa (1997), *La hija del caníbal*, Madrid, Ed. Espasa.
- NAESS, Arne (1956), *Democracy, Ideology, and Objectivity: Studies in the Semantics and Cognitive Analysis of Ideological Controversy*, Oslo: University Press.
- NAVAJAS, Gonzalo (1987), *Teoría y práctica de la novela española posmoderna*, Barcelona, Llibres del Mall.
- (1996), *Más allá de la posmodernidad. Estética de la nueva novela y cine españoles*, Barcelona, EUB (Ediciones Universitarias de Barcelona).
- RODRÍGUEZ, Juan Carlos (1974), *Teoría e historia de la producción ideológica*, Madrid, Akal, 1990.
- ROMA, Pepa (2000), *Mandala*, Madrid, Suma de Letras.
- SÁNCHEZ, Clara (2000), *Las últimas noticias del paraíso*, Madrid, Alfaguara.
- SENNETT, Richard (1978), *El declive del hombre público*, Barcelona: Península .
- TORRES, Maruja (2000), *Mientras vivimos*, Barcelona, Ed.Planeta.
- WOOLF, Virginia (1975), *La señora Dalloway*, Barcelona, Lumen.
- ZIZEK, Slavoj (1992), *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, México.
- (2003) *Ideología: Un Mapa de la Cuestión*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.